

Ernest Mandel, *El significado de la Segunda Guerra Mundial*. Madrid: Viento Sur, La Oveja Roja, 2015. Prólogo de Enzo Traverso. 272 págs.

La huella que la Segunda Guerra Mundial ha dejado en el imaginario cultural contemporáneo resulta excepcional. Cualquier profano puede tener un acercamiento a la cultura histórica de la contienda a través de distintos títulos de videojuegos, cómics, cientos de películas y documentales que ponen especial atención a cuestiones puramente bélicas y, también, memorias públicas. Además en política exterior la Segunda Guerra Mundial sigue marcando titulares en los medios de comunicación. Incluso una aproximación más académica a este hito histórico, aunque sea amplia y variada historiográficamente, parece muchas veces camuflada por obras como las de Antony Beevor, auténticos *best sellers* centrados principalmente en cuestiones bélicas como movimientos militares y batallas.

Por todo lo anterior, el libro de Ernest Mandel resulta curioso a nivel historiográfico. En primer lugar porque el propio autor participó en la guerra formando parte de la resistencia belga, cuestión que le llevó a estar recluido en un campo de concentración, y, en segundo término, porque realiza una aproximación marxista a la Segunda Guerra Mundial, cuestión más excepcional aún si cabe.¹ La obra vio la luz en 1986 y fue presentada por primera vez en castellano en 1991, habiendo sido reeditada recientemente.

En cuanto al autor, Ernest Mandel (1923-1995) fue un célebre líder del trotskismo y de la IV Internacional, siendo reconocida tanto su labor militante como teórica, ante todo sus consideraciones sobre el capitalismo tardío publicadas en los años 70. Sobre su formación académica, se educó como economista llegando a ser profesor en la Universidad Libre de Bruselas. Su aportación más reconocida a la teoría económica es sobre las ondas largas del capitalismo.

Esta biografía puede plantear algunos prejuicios antes de leer la obra. Uno de ellos puede ser, en primer lugar, el miedo a encontrarse una historia planteada en términos de un militante, algo acorde con la vida política de Mandel y que deriva, también en parte, de un segundo temor que es el hecho de que el libro no está realizado por un historiador profesional sino por un economista. Si bien es cierto que el imponente prólogo a cargo de Enzo Traverso puede desquitar estos miedos, Mandel como autor está fuera de los circuitos académicos de la Historia, por lo que no son prejuicios infundados sino dudas racionales que se plantean antes de la lectura.

Hay que destacar que *El significado de la Segunda Guerra Mundial* está enfocado desde una perspectiva global de la Historia, no es una aproximación parcial a la guerra, algo bastante habitual hoy, como se ha aventurado antes, ya que la producción académica sobre el periodo está diseminada en estudios culturales (aquí la obra de Paul Fusell puede ser un ejemplo), en estudios sobre el Holocausto, historia desde las víctimas (como la de Joanna Bourke), desde las mujeres, o los ya citados *best sellers* centrados en episodios bélicos y la narración de batallas como Stalingrado, las Ardenas

¹ Si bien es cierto que durante 2015 se publicó otra historia marxista de la Segunda Guerra Mundial escrita por Chris Bambery y editada por Pasado & Presente, los análisis estrictamente marxistas no suelen ser dominantes en el mundo académico actual.

o Normandía, que forman sin duda el corpus más divulgado; por poner algunos ejemplos. El propio Traverso subraya esta fragmentación actual admitiendo que la obra de Mandel:

[...] en una visión de conjunto es fascinante, es algo raro, porque no hay muchos historiadores que hicieron un trabajo parecido. Y lo hace precisamente, o probablemente, porque no es un historiador sino un pensador marxista en el sentido clásico de la palabra, de lo más noble de la palabra, que atiende a las ciencias sociales en su conjunto.²

Dividido en dos partes, tal y como se observa en el índice, en la primera Mandel comienza el acercamiento global a la Segunda Guerra Mundial analizando distintas cuestiones como fuerzas sociales, recursos, armamentos, estrategias, ciencia y administración, etc. En la segunda realiza un seguimiento del decurso bélico de la guerra y de los distintos teatros de operaciones. Como se comprueba, el marco de análisis es bastante amplio.

La lectura se inicia a través de una idea estrictamente marxista como es el estudio de las dinámicas imperialistas como causas directas de la Primera Guerra Mundial. De esta forma el autor continúa la idea que ya Vladimir Lenin desplegó en *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, donde explicaba que el desarrollo capitalista y la necesidad de buscar nuevos mercados incidían en el expansionismo imperialista. Mandel aplica esta idea como el factor fundamental para comprender también el inicio de la segunda gran guerra, y para ello hace un seguimiento de las burguesías nacionales, sus intereses para evitar una revolución de las clases subalternas y las ansias expansionistas que terminarán produciendo los distintos teatros de operaciones durante la contienda.³

Más allá de la tesis leninista, se acepta que con el transcurso de la guerra esta deja de ser una cuestión única de dinámicas interimperialistas para enlazar distintos conflictos como luchas de liberación nacional en la Europa ocupada; una guerra por mantener a raya la contrarrevolución que invade a la Unión Soviética; o guerras anticoloniales en distintas zonas del Sudeste Asiático.

En el libro se hace, como es evidente por la formación del autor y por el análisis marxista del imperialismo, una especial valoración de lo económico. De hecho estas observaciones siguen apuntando a la visión global del conflicto cuando, por ejemplo, al hablar de logística y abastecimientos recuerda que países de la periferia, neutrales y algunos, en principio, alejados de las dinámicas imperialistas, se vieron beneficiados por su posición: en el caso de Argentina se destaca su acumulación de capital (debido a que actuó como granero y abastecedor de las potencias) que fue vital para el primer mandato peronista y la expansión de su burguesía. Es decir, lleva a cabo un relato que no se circunscribe a una guerra europea que tiene su extensión en las colonias, sino que realiza una lectura en donde las dinámicas del capitalismo, que son el imperialismo y la guerra, conectan cualquier rincón terráqueo. Anticipa de esta manera que la Segunda

² Cecilia Feijoo y Gastón Gutiérrez, “Prefiero a Mandel que a Hobsbawm para interpretar la Segunda Guerra Mundial. Entrevista a Enzo Traverso”, *Viento Sur*, 11 de enero de 2016, <http://vientosur.info/spip.php?article10870> [consulta 2 junio, 2016].

³ Mandel no referencia directamente al líder bolchevique, pero no se puede obviar que su tradición sobre el imperialismo se refleja subterráneamente a lo largo del libro. El autor sí cita expresamente a Trotsky y otros “marxistas revolucionarios” que entienden el imperialismo como un “sistema” en sí mismo y no como un tipo de políticas específicas del Estado burgués (págs. 45-6).

Guerra Mundial supone el inicio del capitalismo tardío, totalmente globalizado y capitaneado por Estados Unidos, cuestiones que desarrollaría en otros trabajos económicos más reconocidos.⁴

Citando a Clausewitz, Ernest Mandel deja claro que los distintos movimientos militares siempre tienen como misión última la de conseguir un objetivo político concreto. La consecución de esos objetivos depende de la composición política del Estado y, además, de los recursos disponibles para llevar a cabo la guerra (a vueltas con la economía). La medición de estos recursos para conocer las capacidades de combate concretas de cada ejército y el mantenimiento de las retaguardias deben contemplarse, no solo en términos industriales y de capacidad de mano de obra, sino también haciendo un balance de la competencia financiera de cada Estado (para así poder importar materias primas) y la capacidad de rapiña de los potenciales recursos en territorios ocupados (dinámica esencial imperialista). Es por estos factores que los Estados Unidos sean la única potencia imperialista capaz de permitirse sostener la maquinaria bélica de forma prolongada mientras que el resto de países, desde mediados de 1943 y especialmente en el año 1944, comienzan a tener severos problemas. Aunque habría que tener en cuenta la obviedad, que Mandel pasa por encima, de que los americanos no tuvieron, a excepción de Pearl Harbor, que soportar en su territorio ningún campo de batalla.

Como la guerra es una continuación de la política, cualquier contienda para Mandel tiene un carácter social, y destaca que no tener en cuenta esto fue un error de análisis bélico que cometieron tanto las potencias capitalistas occidentales como el estalinismo: si bien reconoce que, a nivel global, la clase trabajadora no fue capaz de formular metas propias e independientes de las de la burguesía, los casos de China y Yugoslavia, así como el de distintas luchas en el Sudeste Asiático que serán factores clave en los siguientes procesos de descolonización, son ejemplos claros de fuerzas subalternas que manifiestan propósitos políticos distintos y que terminan siendo determinantes a la hora de finalizar la guerra y en la futura geopolítica.

Esta participación de las fuerzas sociales en la guerra y sus logros o fracasos a la hora de conseguir sus objetivos políticos son determinantes en el libro. De hecho el autor afirma que los resultados en el campo de batalla fueron los que marcaron el posterior curso político, restándole importancia a las distintas conferencias de Yalta o Potsdam, puesto que venían condicionadas por la carga que los soviéticos habían tenido que soportar durante la guerra: por eso que el reparto de Europa fuese desventajoso a los imperialismos británico y americano. En esos resultados militares, de nuevo, pone en el punto de mira la capacidad de las fuerzas sociales para defender sus intereses de grupo: un ejemplo es el de las clases dirigentes alemanas que, por un lado, comenzaban desde 1943 a preparar un posible escenario de integración capitalista en la órbita occidental, planes que se concretarían desde 1945 (págs. 239-241), pero cometieron el error de restar tropas en el este para concentrarlas en el oeste, en las Ardenas. Para Mandel la lógica hubiera sido no llevar a cabo la campaña en las Ardenas y privilegiar una posible y más rápida llegada de las fuerzas capitalistas occidentales a Berlín, y no la de los soviéticos que supuso la expropiación de parte de la burguesía alemana y la división del país. Todos estos análisis son llevados a cabo en la segunda mitad del libro pero predefinidos en la primera al hablar de las fuerzas sociales en juego y la estrategia

⁴ Véase, por ejemplo, Ernest Mandel, *El capitalismo tardío* (México: Era, 1972).

(capítulos 3 y 5 respectivamente), aunque en realidad la obra destaca por la facilidad para interrelacionar temas.

Volviendo al primer párrafo con el que se ha comenzado este escrito y que hablaba de la enorme producción cultural que arrastra la Segunda Guerra Mundial, textos como los de Mandel parecen necesarios para proporcionar al público un acercamiento crítico a la Historia, algo que facilita la ágil lectura del libro, para nada farragosa, y su asequible extensión. Por otro lado, para el ámbito académico, esta reedición resulta interesante tanto como manual universitario sobre la guerra, como para una comprensión global del conflicto dentro una perspectiva amplia típica de la Historia Global. A pesar de que la Segunda Guerra Mundial pueda parecer un tema manido, el repaso de Mandel resulta estimulante, lúcido, y aporta un análisis preciso, atendiendo siempre al ámbito socio-económico pero sin ataduras o rigideces, es decir, utilizando una perspectiva marxista en un sentido amplio, no ortodoxo.

Sin que desmerezca a la obra, como primera objeción, se debe señalar que la edición aquí comentada no dispone de referencias bibliográficas al final del texto, solo a lo largo del mismo. Y en cuanto al análisis del Holocausto, hay que comentar que, aunque se mantiene que su desarrollo va intrínsecamente unido a la Modernidad y sus procesos de burocratización e industrialización, la mirada económica también se plasma en este tema y de forma, ahora sí, rígida. De esta forma se describe como un proceso no racional en términos económicos y, por lo tanto, lo pone en comparación con otros desarrollos irracionales (desde un punto de vista estrictamente económico y moderno) como el esclavismo antiguo o el moderno-colonial. Para el autor, el Holocausto económicamente significa desprenderse de una mano de obra muchas veces cualificada, por lo que solamente tiene una “racionalidad parcial” (pág. 152) debido a su productividad baja y la necesidad de abastecimiento continuo de más esclavos. De esta forma los no aptos para trabajar eran directamente exterminados, explicándose así experimentos como los del doctor Mengele. También señala algún componente cultural como el sustrato antisemita general en toda la cultura europea del momento y el racismo colonial. Pero es cierto que esta interpretación de la *Shoah* se muestra poco convincente, rígida como decimos. Sin profundizar en cuestiones culturales como el desarrollo de la eugenesia y las ciencias sexuales desde el siglo XIX, o la inserción del culto a la violencia en el discurso y la práctica política durante Entreguerras, por poner algunos ejemplos, parece difícil explicar el fenómeno. Mandel, además, no tiene en cuenta otro tipo de racionalidad económica ligada al Holocausto y que es el fenómeno de expropiación.

Ciertamente la lectura tiene sus objeciones. No obstante y a pesar de estas críticas, hay que pensar que el libro se escribió en los años 80 del siglo pasado y que, de nuevo, Mandel no era un experto en Historia. Por esto mismo la capacidad para sintetizar todo el proceso y llevar a cabo un análisis totalizador resulta más encomiable todavía. Así que podríamos decir que el libro, a pesar de sus años, ha envejecido bien y que su lectura sigue siendo recomendable. Si bien es cierto que, como una pega más, se podría hablar del lenguaje político o partidista que de vez en cuando puede detectarse, aunque tampoco es lo más habitual, vale la pena recordar que él, ante todo, era un pensador heterodoxo y un teórico político revolucionario y que, por eso mismo, su acercamiento al pasado es diferente del de un profesional de la Historia o que, al menos, tiene un objetivo distinto. Volviendo a las palabras de Enzo Traverso, Mandel “escribe este libro como un historiador que tiene un compromiso político, que piensa el pasado sin

separarlo del presente, inscribiéndolo en una perspectiva de emancipación y de cambio social, político, histórico”.⁵

Más allá de sus limitaciones, ha de valorarse si esta obra de Mandel podría pasar a engrosar las bibliografías académicas, pero no como una rareza libraria de un activista político que intenta comprender el pasado, sino como un análisis de la Segunda Guerra Mundial que pudiera situarse al lado de grandes pesos pesados de la historiografía marxista.

Sergio García Pujades

Máster en Historia y análisis sociocultural por la Universidad de Oviedo

sergiogp9389@gmail.com

Fecha de recepción: 18 de enero de 2016.

Fecha de aceptación: 4 de febrero de 2016.

Publicación: 30 de junio de 2016.

Para citar este artículo: Sergio García Pujades, “Ernest Mandel, *El significado de la Segunda Guerra Mundial*. Madrid: Viento Sur, La Oveja Roja, 2015. Prólogo de Enzo Traverso. 272 págs.”, *Historiografías*, 11 (enero-junio, 2016): pp. 113-131.

<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/11/garcia.pdf>

⁵ C. Feijoo y G. Gutiérrez, “Prefiero a Mandel”. Esta entrevista, ya citada, resulta bastante interesante para entender la relación política entre Mandel y Traverso así como la influencia del primero en la forma de escribir la Historia del segundo.